

Carlos Préndez Saldías

Viñetas de los cerros

FORASTERO.



Al finalizar el invierno, el mismo día en que la nieve retrasada diera su nota blanca al valle todo verde, el húngaro enflaquecido llegó a pedir techo y merienda al rancho del guarda-hilos.

En bullicioso colchón de paja, compartiendo la cena frugal, ha vivido tres meses entre los cerros, como allegado al hogar humilde.

Se levanta con el alba y rumbea hacia el alto, por el camino real.

Los arrieros conocen al forastero rubio y le saludan cuando pasa, tan sólo para oír las palabras extranjeras que —pájaro de otro cielo— echa a volar con una reverencia litúrgica.

No ha dicho su nombre, de dónde viene ni cuándo partirá. El pastor viejo dice a los labriegos del villorrio que él ha conocido hombres sin rumbo, y que el

forastero es uno de esos. —Algún día tendrá que alejarse . . .

La adivina asegura que está embrujado por una mujer perdida, y que va sanando en la soledad:

Cada ocho días el húngaro paga generosamente el techo y la merienda. Y, siempre al alba, camina hacia el alto, y regresa con las primeras sombras. Corta flores del campo, olorosas, encendidas, y cuando piensa que nadie puede sorprenderle, las arroja, desde el puente, al agua que va hacia el mar.

Alguien dice que el húngaro es un navegante enloquecido.

CANTERA.

A vetas blancas y plomizas, profunda de cuatro brazas, está abierta la montaña de herida que no sangra. La dinamita filuda, con mandobles de estruendo, ha ido penetrando el secreto regazo de los cerros, y mira al sol la desgarradura en tonos agrios del roquedal.

Las estrechas casas del valle afirman su miseria en piedras de la altura, hasta una braza desde el suelo, y se yerguen ufanas para otear el río, empinadas sobre el corazón de la sierra.

En la cuenca vacía el picapedrero alisa y cantea los trozos desprendidos, mientras da al viento un aire lugareño de amores olvidados que roza las vetas plomizas y blanquizas de la herida que no sangra.

La cantera se estremece con la palabra que vuela.

PERRO PUEBLERINO.

Alguien lo trajo en la temporada veraniega y se quedó en los cerros. Lanudo, blanco, patas endeblés y cortas, hocico gatuno de faldero sin provecho, ha tenido crías en la perra del guarda-hilos y en la de Perseverando, el zapatero remendón.

Perros overos, carentes de olfato montañés, son los hijos sin alcurnia. Se esconden de las ovejas y las cabras, y desde la orilla del río ladran con espanto al agua bulliciosa que se aleja.

Bestias de pueblo—dice el pastor viejo—no cuentan en estas serranías. Perro con lana es como oveja con espinas.

EL FALTE.

Sin que nadie sepa de dónde viene, a principios de cada mes aparece en su caballejo negro, con una mula de tiro cargada sin misericordia, el comerciante palestino. A veces baja hasta el valle por la carretera que viene del pueblo, y otras por senderos intransitables, que llevan a la mina lejana o a los pueblos costeros.

Con piezas de pintorescos géneros al hombro y un atado inmenso a la grupa de su caballejo, va de choza en choza dando los buenos días. Empieza su obra de convencimiento en la choza del guarda-hilos, y grita desde el camino: —Dios la tenga, señora Eufemia. Le traigo el espejo que usted quería, y lindos géneros de lana, y medias, y tocuyo doble ancho.

La mujer sale a las tentaciones, compra el espejo que no paga, y queda de arreglar la cuenta en el próximo viaje del palestino.

Sigue el falte su peregrinaje interesado, vendiendo aspirina, percal de colorines y medias sin costura, y en casi todas partes tiene que recurrir a su cuaderno de colegial para anotar lo adeudado por sus clientes.— Pobre la venta. Si no fuera porque la altura me hace bien, no llegaría hasta aquí—dice a sus compradoras, mientras mide con metro corto las telas que vende.

Se queda tres días en casa de la viuda, se baña en el río, y parte un amanecer, llevando siempre de tiro la pobre mula, ahora alivianada.

NUBE.

Profunda, blanca, está sobre el agudo picacho del horizonte en luz. Se mueve hacia el oriente, y es ahora gris y azulosa, y se esparce, adelgazando sus contornos.

Un torso de mujer en el vacío finge la nube caminante. Hinchidos los pechos, está inclinada sobre el monte, ávida de caer en la tierra que calcina. Baja más, y ya tiene brazos que la acercan a los ardores lujuriosos de la montaña en penumbra.

Está ahí la nube que fué blanca y gris azulosa, deshecha en mujer para los ojos turbios de los hombres.

ORGANILLO.

En la oquedad del valle que recoge la voz enronquecida del río turbulento aparece, cantando, el organillo aventurero.

Harmoni-Pan. Frati y C.^o: Berlín, N.^o 37.

Echa a volar su algarabía de vales vieneses y polkas sin origen, mientras el austriaco hace girar, cerrados los ojos, la manivela niquelada.

A las primeras estridencias se apiñan las gentes montañesas y las aves huyen, despavoridas. Pájaro forastero que canta a máquina, hierre la brisa de los cerros y desarticula el paisaje en reposo.

El austriaco aventurero lanza al viento las ocho piezas de su repertorio inacabable, y se lleva en los bolsillos unas cuantas monedas del pastor y de la meica.

A la espalda el organillo berlinés, sigue hasta Guardia Vieja con su carga sonora. Los pájaros regocijados, recuperan el dominio del valle.

SILENCIO.

Tiene un silencio de piedra la montaña nocturna.

Voy por el camino solitario que lleva a la mina, y a la luna creciente, junto al agua que pasa sin premura, siento que mi soledad es más aterradora que este abandono humano de los cerros.

Van conmigo las tristezas que me diera el amor y las alegrías de mis sueños. Camino sobre las hierbas humedecidas por el relente, extasiados los ojos en la

sombra movediza de los árboles, y oigo una voz de angustia que me llama en la lejanía. ¿Es, acaso, la palabra que no dije, y me persigue como a un malvado, o el acento lujurioso de la mujer que abandoné para seguir cantando?

Vuelvo la cara, y la voz se extingue, sin un eco que persista. Queda conmigo la noche, generosa de estrellas y de luna, y crece el silencio, y se adentra en mi corazón que todo lo olvida.

GITANOS.

Bajo la carpa remendada los aventureros armenios han hecho un alto en la travesía.

Flacos, nariz fuerte y larga, cinco son los hombres de la banda. Todos llevan botas a media pierna y graciosos sombreros solares. Las mujeres, ataviadas con percal de colores chillones, muestran a la espalda dos largas trenzas renegridas. Ojos claros, labios finos y nariz movediza.

Van los gitanos de casa en casa, adivinando el porvenir en las líneas de la mano. Todos serán felices, y copiosa la parición de octubre. No se malograrán las cosechas, y sólo el pastor viejo tendrá una peste, aunque no grave, en su rebaño.

Bajo la carpa, caído el sol, se hace el cuento y recuento de la plata conseguida. Se miran los dos gitanos mayores, y hay un silencio de comprensión.—Es pobre el valle, y dió mucho.

—Más que en Río Colorado. Saliendo de amanecida, con la noche de mañana estaremos en la cumbre. En Argentina el païsano es más abierto.

Ya no está la carpa remendada parando el viento de cordillera. Y muchas gallinas del caserío se fueron de amanecida, siguiendo la carpa.

EL TONTO.

Agachado, las piernas enclenques, escurridizo de sí mismo, Felipillo aguarda en el puente a los que vendrán a buscarlo para el trabajo de cada día.

Campea en el monte las cabras extraviadas. Trepas senderos inverosímiles, agarrándose de espinos y peñascos, y siempre retorna con el hallazgo. Como es el tonto de la montaña, no tiene otro salario que la merienda miserable.

—Sí, patrón, creo en Dios, pero a trechos—me dice con cierta rebeldía.—Cuando me palabrean, o no hallo trabajo, digo que no hay.

—¿Has querido a alguna mujer, Felipillo?

Agacha la cabeza, y las lágrimas asoman a sus ojos pequeñitos. Es el romántico de las tierras altas.

TEMPESTAD.

Hay sombra de tarde muriente en esta mañana de los cerros. Nubarrones espesos, de estaño ennegrecido, cubren el horizonte y bajan hasta el valle.

Finas gotas de lluvia anuncian con su canción de

transparencia, entre el ventarrón alocado que las arrastra, la tormenta que habrá de venir.

Arrecia más y más el agua de los cielos, y sólo es lluvia ahora el horizonte cercano. Un relámpago ilumina los cerros que se esconden; los truenos se ahogan en los desfiladeros, y el eco ensordecedor va por las quebradas y los bajos sacudiendo el aire aprisionado entre la tierra y la lluvia.

La montaña en tormenta. Soledad de muerte en los caminos y en los árboles. Los pájaros huyeron, y las cabras que pastaban en los faldeos están junto a la cerca que aisla la línea del tren. Los montañeses, guarecidos en sus chozas, oyen con espanto el tenaz silbido del viento en locura que va desgajando boldos y quillayes y se estrella con desesperación en los riscos pizarrosos que bordean el abismo.

Sombra de agua turbia tiene esta mañana de primavera que nace. Se ha borrado el puente de cimbra, y de una a otra orilla no se ven las casas de los pastores. El desanimado ladrido de los perros se aleja en el viento que huye, y el triste balar de los corderos es un grito suplicante a los hogares cerrados.

CIRILO.

Lleva cuarenta y ocho años vividos en los cerros.

—Aquí vine de niño, ayudando en un arreo, a los pastos de Guardia Vieja. Se nos fatalizaron muchos vacunos, y el patrón quitó el mando a mi padre. No

quiso volver al llano porque su nombre estaba venido a menos, y se quedó aquí para siempre. La línea no se hizo sin él; puso los primeros adobones de la posada, y los arreglos del camino real, después de cada nevazón, tuvieron los sudores de su carne.

La noche antes de morir me aconsejó que no fuera al bajo, donde el hombre es veleidoso y estrellero. Cumpliendo su voluntad, aquí estoy con los míos, y enteraré en el monte los días por vivir. Yo pienso que son como decía mi padre, las gentes del bajo, veleidosas y estrelleras. Si hasta el río pierde la virtud de canto cuando llega a plan.

LA PARTERA.

Fueron a buscarla a Guardia Vieja, ya de noche, cuando la mujer de Cirilo sintió los primeros dolores del alumbramiento.

Doralisa es enjuta, rugosa, el pelo casi blanco. Se mueve con agilidad, y pide la soga que utilizara en el anterior nacimiento. La pasa por la viga central del techo y con cada punta amarra a la madre de una axila, hasta dejarle suspendido el cuerpo y afirmados los pies en el camastro crujidor.

Junto a la cerca de espinos, Cirilo y yo, silenciosos, aguardamos el anuncio. Llegan hasta nosotros los gritos lastimeros de la madre, que suben de tono hasta hacerse alaridos desesperantes. La mañana viene ya

con sus pies frescos, y está el sol insinuándose en resplandores desvanecidos

Un grito agudo y penetrante rompe el amanecer, y se prolonga en el silencio matinal. Se abre la puerta del rancho y cae a nuestros pies la sogá con que Doralisa suspendiera a la madre prolífica. Cirilo la recoge nerviosamente y me muestra, pensativo, uno de los extremos en que aparecen dos nudos apretados.—Salió mujer—me dice.

Lo miro sin hablarle, y veo que una lágrima le tiembla en los ojos color tabaco.

NIEVE TARDIA.

Verde y tupido el trigal de cuatro meses. Aguaceros medianos hicieron la bendición en la loma, y hay una esperanza en el hogar de Segundo Jélvez. La cosecha será mejor este año que el último, y sólo habrá que bajar al pueblo para la molienda generosa.

Fines de agosto, y primavera anticipada. En flor los durazneros de Navidad, pastosos los faldeos que hacen el valle. Empiezan a engordar los ganados pobres, y una nube de abejas hace en los árboles y las hierbas la ronda musical de su faena laboriosa.

Nubes dispersas bajan con la tarde desde los picachos nevados que cierran el horizonte. Se acerca la noche, y es ahora una cerrada cortina negruzca la lejanía que viene.

Al amanecer, una llovizna insistente y helada, que se va haciendo más nieve a cada instante, pone el asombro y el espanto en la curtida cara de los montañeses. La nieve tardía doblará los tallos débiles, quemará las espigas nacientes, y será desolación lo que fuera esperanza en la miseria resignada.

Cunde y cunde la nieve. Hace su último viaje de luz a la tierra ensombrecida, y deja blanco el pequeño valle.